

# XX Certamen Juvenil Cuentos de Navidad 2010

“El mejor regalo”

**3º premio**  
Tercera categoría  
15-18 años



**Centro de  
iniciativas y recursos  
para jóvenes**

Ayuntamiento de Ponferrada

🎁 El mejor regalo

Las vacaciones de Navidad pueden llegar a ser tediosas sobre todo si tu mejor amiga se marcha con su familia a París y el resto de tus amigos tienen que estudiar porque les ha quedado alguna asignatura o se van con sus padres al pueblo para pasar esos días con sus abuelos y el resto de la familia.

Considerando que mis padres pasan de mí y que mi hermano está todo el rato incordiando, no podía ni pensar quedarme en casa, así que decidí ir al centro comercial de mi ciudad y pasar la tarde.

Aproveché para mirar las cámaras de fotos (tenía pensado pedir una a los Reyes Magos ya que la anterior se me había estropeado y aún no sabía muy bien por cuál decidirme) e incluso estuve mirando y probándome ropa pero ninguna me convencía del todo. Miré el reloj. ¡Aún eran las siete de la tarde! Empezaba a tener algo de hambre y estaba aburrida y cansada de estar dando vueltas sin ton ni son por el centro comercial.

¡Si Rebeca, Laura o Eva estuvieran aquí, quizás sería diferente! ¡En fin!, que salí de aquel lugar y decidí aventurarme por las amplias e inmensas avenidas de Madrid buscando algo mejor que hacer.

Pensé en ir a la biblioteca y sacar el libro que me habían mandado leer en el colegio y del que luego tendría que hacer un resumen. Podría ir adelantado la tarea del próximo trimestre, pero ¡no tenía ganas! Aún me quedaban muchos días por delante para poder hacerlo. Al fin y al cabo llevaba todo el mes estudiando sin poder descansar y por que descansara unos días más no iba a pasar nada., así que continué mi camino sin rumbo fijo.

Me paré en una tienda de chuches donde me compré un paquete de palomitas, unos regalices y un chicle. Sin saber muy bien por qué, decidí dirigirme al parque del Retiro, sentarme en un banco y comer mi delicioso manjar. ¡Estaba hambrienta!

Me crucé de camino con un hombre no más alto que yo, de pelo canoso, con barba de tres o cuatro días, no más, y con una mirada ausente y triste. Por un instante nos

miramos. Me fijé que llevaba entre sus manos una pequeña bolsita de papel grasienta. Caminé unos metros, pero... ¡algo en su miraba me atrapó e hizo que me interesara por él! Me di la vuelta y le seguí con sumo cuidado para que no detectara mi presencia. El hombre se adentró en un callejón oscuro y sombrío y yo, incauta de mí, me escondí detrás de unos contenedores para poder averiguar hacia dónde se dirigía.

Le vi a lo lejos. El extraño personaje al que espiaba se detuvo delante de un edificio viejo, sucio, destartado... Antes de disponerse a entrar en él, miró hacia atrás para comprobar que nadie le estaba siguiendo. Supuse que gracias a mi buen escondite no me había visto y cuando este entró en el inhóspito lugar, me acerqué llevada por la curiosidad y me adentré en el edificio.

Todo estaba oscuro, apenas se veía. En aquel momento no me di cuenta de lo que estaba haciendo, así que, inconscientemente, me dirigí hacia la única puerta que había dentro del recinto. La abrí lentamente con suavidad.

Me encontré con unas empinadas escaleras. Desde aquella posición en la que me encontraba no podía ver lo que había al final en el rellano. Empecé a bajar de puntillas para que el hombre no pudiera oírme. A cada paso que daba mi corazón se aceleraba. ¡Estaba aterrada! ¿Adónde me llevarían aquellas escaleras?

Se vislumbraaba una luz encendida. Bajé otro peldaño y de repente noté que algo me rozaba la pierna. Se me escapó un grito sin querer. ¡Era una rata! Lo que acababa de hacer había delatado mi presencia y ya no tenía escapatoria.

La voz del hombre trató de indagar sobre la insospechada presencia.

—¿Quién anda ahí?

Unos pasos apresurados se acercaron. Me acurruqué en un rincón y cerré los ojos.

—Por favor, no me haga daño. Yo solo pasaba por aquí y decidí entrar....

El hombre me tranquilizó.

—¿Por qué iba yo a hacerte daño?

—Pues quizás porque estoy donde no debiera estar, molestándole sin motivo alguno— me autoculpé para restar gravedad al hecho.

—¡Um...!, Tienes razón, pero no me he enfado. ¡Ven por aquí!— me indicó señalándome el camino con una linterna. — ¡Estás temblando! ¡Entra, no tengas miedo, no te haré daño!

Su voz era cálida y dulce. Me inspiraba confianza. ¿Debía marcharme o quedarme? No sé, pero algo dentro de mí me hizo entrar. Los dos estábamos solos y podríamos hacernos algo de compañía por un rato.

—Gracias, pero no es necesario. Si yo ya me iba...

—Pasa, pequeña. No tengas miedo, que de momento no me he comido a nadie.

Le seguí en silencio hasta llegar a una pequeña habitación. En una esquina había una diminuta cama, con un colchón que dejaba mucho que desear; a la derecha, frente al colchón, una cocina llena de grasa, sucia y oxidada, un fregadero lleno de platos y ollas sin fregar y en el centro una mesa con dos sillas de madera. Del baño prefiero mejor no decir nada. Me invitó a sentarme y me tendió una manta para que me tapara. Allí había frío.

—¿Te gusta el chocolate con churros? —me sugirió.

—Sí, pero no se moleste. Además, acabo de comprar unas palomitas y unos regalices.

—¡Bah! Chorradas, donde esté un buen chocolate caliente con unos churros recién hechos, que se quite todo lo demás.

El hombre puso el chocolate en polvo en una ollita al fuego y le echó agua fría. Comenzó a removerlo y mientras me dijo:

—Cuando te vi en la calle tuve un presentimiento, estaba convencido de que me seguirías. De hecho, te estaba esperando.

—¿Ah sí? A mí me pasó algo parecido, pero al revés, sentí que debía seguirle y sin saber muy bien por qué, lo hice.

De repente vi que la misma rata que me había rozado antes entraba por la puerta y se quedaba al lado del hombre. No pude evitar hacer una mueca de asco.

—¿No te gustan las ratas? — asintió tras mirar mi rictus.

—No mucho...—respondí.

—Es mi mascota. Me hace compañía—aseveró guasonamente.

Apagó el fuego, repartió el chocolate en dos tazas y sacó de la bolsa de papel que llevaba unos churros.

—Aquí tienes, ¡ten cuidado no te quemes!

—Gracias.

—Me llamo Rogelio. ¿Y tú, bonita?

—Me llamo Erika.

—Un placer.

Tras saborear tímidamente el chocolate, pensé que era conveniente proseguir el diálogo iniciado e ir directamente a aquellas curiosidades que me tenían perpleja.

—Señor. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué vive en un lugar como éste?

—Verás, es una larga historia... no debería contarla..., pero... La vida a veces cambia, no es para todos igual. Hace unos treinta años vivía con mi mujer, Rosa, y mis dos hijos, María y Marcos, en un pequeño barrio, a las afueras de Canadá. Todo era perfecto, éramos muy felices. Un día una anciana, el retrato vivo de la mayor crueldad que pudieras imaginarte, llegó al barrio. Llamó a la puerta de mi casa. Nada más abrirle, me asusté. Me pidió dinero, decía que lo necesitaba y, aunque reconozco que me dio algo de pena, le dije que no podía. Verás, había algo en mi interior que me decía que no lo hiciera. Le dije que tenía que comprar a mi mujer y a mis hijos, con el poco dinero que poseía, sus regalos de Navidad y que si le daba dinero a ella, por poco que fuera, no podría hacerlo.

La anciana insistía en que me estaba equivocando, que le diese el dinero. Encolerizada por mi negativa, profirió una maldición. Me mantuve tajante. Le dije que no y que no mil veces. Añadía a su solicitud mi terquedad. Aquello no era de su agrado. Inmediatamente salieron de su boca unas palabras en un idioma desconocido para mí. Cuando acabó de decirlas, dio otro

paso hacia donde me encontraba y mirándome fijamente a los ojos dijo:

—Te di varias oportunidades para que me dieras dinero, pero tú las has rechazado, pues has creído conveniente utilizarlo en comprar estúpidos regalos, a buen seguro que algunos sin valor. Mas ahora deberás emplear tu audacia si quieres que tu familia recupere los recuerdos de cada una de las Navidades que habéis pasado juntos. Buscarás en cada rincón de la Tierra para poder recuperar lo perdido. Tendrás que superar demasiadas pruebas. Primeramente, si pretendes hacerte con los recuerdos, dirígete a Madrid. Allí, alguien te ayudará. Alguien a quien le ocurra lo mismo que a ti. Encuentra la pluma del espíritu de la Navidad y tu familia, junto a la de esa otra persona, recuperará lo perdido y conseguirá lo que nunca han tenido.

—¡Vaya...!—exclamé alarmada.

—¿Qué ocurre? —se sorprendió Rogelio.

—Que creo que sé a quien se refiere la anciana...—atestigüe mirándole con rostro de cariacontecida.

—¡Ah!, ¿sí?, ¿quién? —se alarmó con gran intriga.

—Yo—dije emocionada.

—¿Tú? No te ofendas, pero no creo que...

—Pues claro, está muy claro, ambos tuvimos un presentimiento cuando nos cruzamos en la calle y eso de que ... “¡conseguirán lo que nunca han tenido...!” Verás, mis padres pasan de la Navidad, de hecho en mi casa es una fiesta como otra cualquiera. Se celebra por celebrar, si no fuera por el resto de mi familia, en mi casa no se celebraría, ya que a mis padres y a mi hermano les da igual...

—Si es así, ¿eres tú la persona a la que busco...? ¡Imposible! ¡Por fin te encontré! Pero, ¿tú sabes hacia dónde tenemos que dirigirnos? —inquirió desconfiadamente.

—Pues no, ¿debería saberlo? —dije.

—Según la anciana, sí...

De repente, una imagen vino a mi cabeza: se trataba de una playa, una playa cuyas aguas cristalinas permitían ver lo que se encontraba en el fondo de ellas, una orilla cuya arena era amarilla como el resplandor de una estrella en una noche despejada. A lo lejos divisé una cabaña hecha de madera. En ella se encontraba una niña que estaba jugando con una muñeca y un objeto poco perceptible en la onírica imagen. Era dorado, tenía forma de... ¡de pluma! ¡Era la pluma que teníamos que conseguir! Me levanté de un salto y Rogelio se quedó mirándome. Sin perder un instante le dije:

—¡La he visto, la he visto!

—¿El qué? —preguntó.

—La pluma, la tenía una niña que se encontraba en una cabaña al lado de un mar de aguas transparentes. La mala noticia es que no sé en qué parte del mundo se encuentra... Sí, un lugar que me suena muchísimo..., un lugar... ¿Dónde la he visto...?

—¡Piensa Erika, todo está en tus manos...! — me suplicó.

—¡A ver...!, una playa con una cabaña de madera... ¿Por qué no lloro al recordarlo? —me pregunté a mí misma cerrando los ojos fuertemente e intentando ver en mi mente aquel lugar. Es un recuerdo tan nítido... ¡lo tengo! ¡Ya sé! Se trata de una cabaña de Uruguay, en Montevideo. En un libro que nos habían mandado leer en el colegio. Se mencionaban las casas de allí. Comentaban que muchas se encontraban hechas de madera y aquella vivienda debía de ser una de ellas...

—¡Oh! Menos mal, creía que nunca lo sabríamos... mañana mismo debemos ir— asintió impacientemente.

—Sí, pero ... ¿Cómo? — ignoraba todo lo demás.

—Tengo unos pequeños ahorrillos. Creo que con eso nos apañaremos.

—Yo podré pagarme mi viaje. Tengo que convencer a mis padres diciéndoles que me voy con una amiga y con su madre un par de días. No sé cómo hacerlo. Con tal de que esté en casa por Nochebuena y Navidad, me dejarán. Siempre me dejan hacer lo que



quiero...—dije reprochando la ignorancia maternal o el escaso interés que mostraban en el seno familiar por mis grandes hazañas.

—Pues ya está dicho, voy al aeropuerto por los billetes y mañana a primera hora nos vamos.

—¿Y si no hay billetes o vuelos hacia allí?

—Tranquila, yo me las apaño. Tú ve a casa, habla con tus padres y mañana a las 6:30 te espero en la puerta principal del aeropuerto de Barajas. Si no estás, continuaré yo sólo el camino.

De regreso a mi dulce hogar, fui pensando en todo lo que me había sucedido en aquellas horas y en lo que me esperaba al día siguiente.

Al llegar, les conté a mis padres lo que había planeado con Rogelio, que iría con Estefanía y su madre un par de días a la nieve. Mis padres no pusieron pega alguna porque me fuera, no se preocuparían por mí, pues habría alguien que ya lo haría por ellos. Así que me dirigí a mi cuarto rápidamente e hice la maleta. Bajé a cenar y me fui pronto a la cama aunque estaba tan nerviosa que apenas puede dormir un par de horas.

Me levanté con el alba, me lavé, me vestí, desayuné y salí de casa corriendo, como siempre. Ya me retrasaba un par de minutos.

Llegué al aeropuerto a las 6:35, justo en el momento en que Rogelio ya se iba a ir. Embarcamos y, unos instantes después de que despegara el avión, me quedé profundamente dormida. Desperté con una fuerte sacudida. En ese mismo instante, el avión acababa de aterrizar.

Cogimos un taxi que nos llevó por las diferentes playas que pudieran contener la desconocida cabaña de mis sueños. Durante un par de horas estuvimos dando vueltas y vueltas sin encontrarla. Ya cansados de tanto viaje, con hambre y sed, decidimos pedirle al taxista que nos llevara a algún lugar donde pudiéramos descansar y comer algo para reponernos. Curiosamente nos dejó en un pequeño hotel a pie de playa, barato y con unas vistas al mar preciosas. Tenía a su alrededor unas cabañas de madera muy iguales a las que yo había soñado.

—¡Allí! Es aquella, —dije mirando a Rogelio— la que está al fondo de la playa, la que está pintada de color blanco y tiene una valla alrededor.

Corrimos hacia ella y, sofocados, sin apenas aliento, nos detuvimos bruscamente ante la puerta. No se oía ni se veía a nadie. Me adelanté a Rogelio y llamé. La portezuela se abrió sola. Una anciana sentada en una mecedora dormía plácidamente.

Entre sus manos tenía una pluma dorada. Rogelio la reconoció al instante.

—¡Es ella! Es la anciana que le echó la maldición a mi familia.

La jibosa se despertó repentinamente y nos miró sin saber qué hacer ni qué decir.

—¿Por qué lo has hecho?, ¿qué es lo que quieres de nosotros? — le reprochamos con tono maldito.

La anciana tardó en reaccionar, pero cuando comprendió que éramos nosotros, con una voz baja nos dijo:

— Verás, pequeña. Desde hace mucho tiempo la gente piensa que la Navidad es solamente una fecha para gastar y recibir dinero. ¿Qué ha sido del verdadero Espíritu de la Navidad? Quería demostrarle a Rogelio que el mejor regalo que podría hacer a su mujer y a sus hijos es darles cariño y amor. A estos no se les compra con dinero. ¿Qué crees que es lo que debemos adquirir o a quién pretendemos adquirir? ¿No hay, acaso, personas pobres? Y a ti, mi pequeña Erika, el Espíritu de la Navidad empieza por uno mismo. Muestra a tus padres y a tu hermano la ilusión, la alegría y la felicidad por estas fiestas y compártela con ellos. Enséñales tú lo que ellos no saben y verás cómo poco a poco empiezan a cambiar. Con un chasquido de dedos haré que todo vuelva a la normalidad si prometéis que a partir de ahora ayudaréis a los necesitados y que no derrocharéis tanto dinero.

Me desperté sobresaltada. ¡Qué sueños tiene una!



Centro de  
iniciativas y recursos  
para jóvenes

Ayuntamiento de Ponferrada

[www.cimainforma.es](http://www.cimainforma.es)